

Un interesante libro del doctor Hayek, The Road to Serfdom, me trae de nuevo a la mente ideas que expuse hace cosa de un año en este Semanario (1) acerca de la evolución económica contemporánea. Las que expresa en el citado libro el actual director de Económica, la prestigiosa revista inglesa, y que confirman autorizadamente algunos de mis puntos de vista, me animan a insistir sobre un tema que difícilmente agotará su interés.

El libro de Hayek es una voz de alerta a sus compatriotas de adopción. Estamos combatiendo en esta guerra al nacional-socialismo —viene a decirles— y hay, sin embargo, síntomas evidentes en la Gran Bretaña de tendencias hacia un régimen autoritario de semejante tipo, hacia una dictadura social y económica al estilo de la de Alemania, Rusia, Italia y otros países que han seguido esa vía. Y el economista austriaco lanza el grito de alarma con la autoridad que le da el haber asistido, desde su vecino país natal, al proceso de incubación del nacionalsocialismo en los comienzos de la pasada postguerra.

«No es todavía la Alemania de Hitler, la Alemania de la actual guerra, con la que nuestro país guarda alguna semejanza; pero quienes observan las corrientes ideológicas apenas pueden dejar de ver que hay algo más que una semejanza superficial entre las tendencias del pensamiento en Alemania durante la guerra anterior y después de ella, y la corriente actual de ideas en este país. Existe ahora aquí la misma determinación, ciertamente, de que la organización de la nación, que hemos llevado a cabo para fines de defensa, sea retenida para fines de creación; hay el mismo despego hacia el liberalismo del siglo XIX, el mismo espúreo realismo y aun cinismo, la misma aceptación fatalista de las inevitables tendencias. Y, por lo menos, nueve lecciones de cada diez, que nuestros vociferantes reformadores están tan ansiosos de que aprendamos de esta guerra, son precisamente las lecciones que los alemanes aprendieron de la guerra pasada y que tanto han contribuido a producir el sistema nazi.»

Estas líneas, que traduzco literalmente de la introducción, expresan clara y contundentemente la idea que quita al autor del libro, el cual se sitúa en la posición de un liberal puro. Mas lo interesante en la obra de Hayek no es la opinión personal del autor, que a muchos parecerá discutible y a algunos anacrónica; lo interesante del libro es lo que tiene de análisis objetivo y documentado del período histórico que estamos dramáticamente viviendo. Hayek advierte en el prefacio que su libro es un libro político, pero un libro político escrito por un economista siempre resulta mucho menos político que un libro de economía escrito por un político; las razones que desarrolla, con indudable lógica y buen sentido de la realidad, pertenecen más al dominio de la economía y a veces de la psicología que al de la política propiamente. La economía es para el economista austriaco la base de la política, y sin libertad económica no ve posibilidad de libertad política.

Niega Hayek que en el régimen totalitario de Alemania hayan influido tendencias particulares del espíritu alemán o prusiano. No, no hay una tendencia antiliberal específica de raza. Hace ochenta años Stuart Mill escribía su Ensayo sobre la libertad, bajo la reconocida inspiración de dos alemanes representativos, Goethe y Humboldt, mientras que el escocés Carlyle y el inglés H. S. Chamberlain figuran entre los precursores significados del nacionalsocialismo. El punto de vista, muy corriente en Inglaterra, de que el nazismo es un fenómeno de raza resulta peligroso, porque puede conducir al engañoso prejuicio de que no puede darse igual en otro país, por ejemplo, en Inglaterra. Lo que hay que hacer es investigar las circunstancias que durante los últimos setenta años han favorecido el incremento y triunfo de las ideas totalitarias en Alemania y en otros países, las cuales no son, según el autor que comentamos, una reacción contra las tendencias socialistas del período anterior, como a veces se cree, sino, antes bien, un resultado necesario de aquellas tendencias.

El autor se expresa con la misma acritud contra los regímenes totalitarios de derechas como de izquierdas. Reproduce esta frase de Max Eastmann, «el antiguo amigo de Lenin», que se vio obligado a admitir «que el stalinismo no es mejor, sino peor que el fascismo, más cruel, bárbaro, injusto e inmoral, antidemocrático y al que ninguna esperanza ni escrúpulo redimen».

No obstante, sus razonamientos parecen conducir a una especie de justificación histórica del totalitarismo como fenómeno propio de los tiempos presentes. Rechaza la opinión, corriente en los países anglosajones, de ver en Hitler y en Mussolini los responsables personales de los regímenes establecidos por ellos en Alemania e Italia; ellos no son más que las individua-

(1) «La crisis de nuestro tiempo» y «¿Cómo será la economía de la futura postguerra?», números 165 y 172.

idades que han pervertido, desgastado y destruido y en gran parte inculcadas por la misma guerra, que ha llevado fatalmente a regímenes de este tipo.

El fenómeno colectivo e impersonal que ha conducido, a juicio de Hayek, a los regímenes totalitarios ha sido, en términos generales, el socialismo. La idea socialista encierra, desde sus orígenes, una tendencia intervencionista y autoritaria, más todavía en sus resultados prácticos que en su ideología. Aunque en la planificación económica se excluya a menudo la compulsión a los individuos, el desarrollo de los planes conduce lógicamente, de consecuencia en consecuencia, a cerrar al individuo toda posibilidad de elección, toda libertad, que constituiría una posible infracción de los planes trazados, los cuales, por fatal contagio, van invadiendo todas las esferas de la actividad. El socialismo democrático y liberal era una ilusión. No fué, sin duda, propósito de los primeros bolchevistas llegar al régimen férreo que ha resultado; no fué eso lo que predicaban al menos; pero sus ideales de igualitarismo a fortiori han conducido a un despotismo formal, que no ha realizado la igualdad y ha destruido la libertad. Lo ha dicho Max Eastmann mismo: «El stalinismo es socialismo en el sentido de ser un acompañamiento inevitable, aunque imprevisto, de la nacionalización y colectivización.»

LA RUTA HACIA LA SERVIDUMBRE

FONDO DOCUMENTA

Por

GERMAN BERNACER

Cita el autor otros múltiples testimonios en pro de su tesis. El del americano Chamberlain, que resume sus observaciones de doce años en Rusia, Alemania e Italia, con estas palabras: «El socialismo demuestra ciertamente que no es el camino de la libertad, sino de la dictadura y contradicciones, de la guerra civil más feroz; socialismo llevado a término y mantenido por medios democráticos parece pertenecer definitivamente al mundo de las utopías.» Y el escritor inglés F. A. Voigt concluye: «El marxismo ha conducido al fascismo y al nacionalsocialismo, porque en todo lo esencial es fascismo y nacionalsocialismo.» Y Peter Drucker, un escritor alemán, atestigua: «El completo colapso de la fe en que la libertad y la igualdad sean accesibles por el marxismo ha obligado a Rusia a recorrer el mismo camino que Alemania hacia una sociedad sin libertad ni igualdad, totalitaria, antieconómica y puramente negativa. No es que comunismo y fascismo sean esencialmente la misma cosa. El fascismo es la fase a que se llega después que el comunismo se demuestra ilusorio, y que lo es se ha demostrado tanto en la Rusia stalinista como en la Alemania prehitleriana.»

En suma, el siglo XIX sacrificó la igualdad a la libertad y el siglo XX está sacrificando la libertad a la igualdad, sin que en un caso ni en otro la libertad y la igualdad se hayan realizado tampoco. La palabra libertad ha experimentado un cambio de sentido que no siempre se tiene en cuenta. La compulsión reduce la libertad, más también la necesidad esclaviza, lo que podríamos reducir a términos más gráficos, aunque menos exactos, así: De nada sirve la libertad si no se come. Bajo esta mentalidad escéptica, positivista, materialista, han muerto los ideales que animaron el siglo pasado, el siglo romántico de la libertad.

Penetrando un poco más hondo que lo hace Hayek podríamos preguntarnos cuáles han sido las raíces de esa evolución, que, sin duda, no ha obedecido al capricho, sino que ha sido el resultado de una desilusión, de un cruel desengaño. ¿Por qué la libertad en lugar de traer la igualdad y la justicia que se esperaba dió el amargo fruto del capitalismo?

No es esta la cuestión que se plantea el doctor Hayek, el cual, en este punto, se limita a reafirmar su fe en los principios de libertad, incompatibles con todo régimen de planeamiento económico y de monopolio. Pero el problema es por demás interesante, pues el neoliberalismo sólo sería posible si se encontrara un medio eficaz de superar los inconvenientes que el sistema, sea por naturaleza o por vicios de aplicación, ha mostrado en la práctica. El liberalismo suponía que la única causa de compulsión para el individuo residía en el poder po-

(Pasa a la página siguiente.)

a un poder económico resiente en el dinero, no menos des-
pótico que el de los órganos del Estado. Para reprimir ese po-
der el socialismo se ve obligado a situar en manos del Estado,
además del poder político, también el económico, con lo cual
se concentran en el poseedor de la coacción que el Poder más
despótico jamás tuvo y que, si son utilizadas convenientemente, con-
ducen a una tiranía manifiesta.

Hay un aspecto en que el autor se muestra más expíicito en
cuanto a enunciar soluciones: el aspecto internacional. «El pro-
posito de este libro —dice en la conclusión— no ha sido abo-
cetar un programa detallado de un orden social futuro. Si con
respecto a los asuntos internacionales hemos ido un poco más
allá de la tarea crítica, es porque en este campo podemos vernos
llamados pronto a crear una estructura, dentro de la cual el de-
sarrollo futuro tendrá que cumplirse durante un largo periodo
venidero.» En que, bajo el ajuar de ordenar y planificar, se sus-
tituyan las relaciones económicas internacionales entre indivi-
duos por relaciones económicas entre las naciones como un todo;
es decir, en que el derecho internacional público cuorra un aca-
mayor a expensas del derecho internacional privado, no ve sino
mayores peligros de fricción internacional y de guerra. El planea-
miento de las relaciones económicas internacionales por un poder
supernacional conduciría a una especie de internacional-socialis-
mo, en que la vida de cada país quedaría supeeditada a ese supe-
rior poder, del mismo modo que en un país planificado la subsis-
tencia del individuo se halla a merced del Estado capitalista. Ne-
garle primeras materias o elementos de trabajo a una nación o
cerrarle mercados sería reducirla a la miseria; como negarle tra-
bajo al individuo dentro de un Estado totalitario. «Si no hiciera-
mos mejor uso de la victoria, encontraríamos que hemos derrochado
el nacional-socialismo para crear un mundo de muchos nacional-
socialismos, diferentes en detalle, pero todos igualmente totalita-
rios, nacionalistas y en conflicto constante entre sí. Los alema-
nes aparecerían como los perturbadores de la paz, tan sólo por
ser los primeros en recorrer la senda que en último término to-
dos habrían de seguir.»

Para evitar este mal, el autor ve como solución un federalismo
internacional, una asociación libre de las naciones bajo el impe-
rio de la ley. «Ni un omnipotente superestado ni una floja aso-
ciación de naciones libres, sino una comunidad de naciones de
hombres libres, que, en lugar de regularlo todo, se reñujera
a establecer limitaciones tanto en los abusos de poder del Estado
sobre los individuos, como en los de unos Estados sobre otros, se-
ría la mejor salvaguardia de la paz.»